

La movilización total  
1930

Ernst Jünger

Al espíritu heroico le produce rechazo buscar la imagen de la guerra en un estrato que pueda ser definido por la actuación humana. Empero a ese mismo espíritu le brindan sin duda un espectáculo cautivador los múltiples encubrimientos y metamorfosis que la figura pura de la guerra ha ido sufriendo en la mudanza de los tiempos y espacios humanos.

Es un espectáculo que trae a la memoria los volcanes; siempre es el mismo el fuego telúrico que en ellos hace erupción, mas, sin embargo, los paisajes en que los volcanes llevan a cabo su trabajo son muy diversos. Así es como haber participado en una guerra significa algo parecido a haber estado en el ámbito de influencia de una de esas montañas que escupen fuego — pero no deja de haber diferencias entre el Hekla, el volcán islandés, y el Vesubio, que se alza junto al golfo de Nápoles. Lo que sí puede decirse desde luego es que la diversidad de los paisajes va desvaneciéndose a medida que nos acercamos a la ardiente garganta del cráter y que el siglo en que se lucha, las ideas por que se lucha y las armas con que se

lucha desempeñan un papel marginal en aquellos sitios donde lo que irrumpe es la auténtica pasión, esto es, sobre todo en el nudo combaté, en el combate directo a vida o muerte. Pero de lo que nosotros vamos a hablar a continuación no es de esas cosas.

Lo que vamos a hacer es, antes bien, esforzarnos en recopilar algunos datos que diferencian a la última guerra, a nuestra guerra, acontecimiento el más grande e influyente de éste tiempo nuestro, de otras guerras cuya historia se nos ha transmitido.

## 2

Quizá la mejor manera de señalar la peculiaridad específica de esa gran catástrofe sea decir que en ella el genio de la guerra se compenetró con el espíritu del progreso. Eso rige no sólo para la lucha que los países libraron entre sí, sino que rige también para la guerra civil que en muchos de ellos recogió una segunda y abundante cosecha. Ambos fenómenos, la guerra mundial y la revolución mundial, guardan entre sí una relación mucho más estrecha de lo que a primera vista parece; son los dos lados de un mismo acontecimiento cósmico y en muchos aspectos dependen el uno del otro tanto en lo que

concierna a su génesis como en lo que se refiere a su estallido.

Acerca de lo que se oculta bajo el concepto de «progreso», que es un concepto impreciso y de múltiples irrisaciones, es probable que estén aguardándole a nuestro pensamiento descubrimientos extraños. No cabe duda de que el modo en que hoy nos inclinamos a burlarnos del progreso se mueve en un plano demasiado banal. Es cierto que, por lo que se refiere a la aversión al progreso, podemos invocar a todos los espíritus realmente significativos del siglo XIX — mas pese a todo el asco que nos inspiran la superficialidad y la uniformidad de las formaciones a que nos vemos enfrentados, surge la sospecha de si no será muchísimo más significativo el fondo del que esas formaciones brotan. Al fin y al cabo la propia actividad de la digestión depende de las fuerzas de una vida maravillosa e inexplicable. Hoy cabe aportar ciertamente buenas razones para probar que el progreso no es un avance; pero acaso más importante que esa comprobación sea preguntarse si el auténtico significado del progreso no es otro, un significado diferente, más secreto, que se sirve, como de un escondite magnífico, de la máscara de la razón, muy fácil en apariencia de abarcar con la mirada.

La seguridad con que movimientos típicamente progresistas conducen a resultados contrarios a las tendencias propias de esos movimientos es precisamente lo que induce a sos-

pechar que lo que en ellos se impone son, como por doquier en la vida, no tanto las tendencias cuanto unos impulsos diferentes y más ocultos. Con toda razón se ha complacido el espíritu en despreciar de múltiples modos las marionetas de madera del progreso — mas los delgados hilos que ejecutan los movimientos de las marionetas son invisibles.

Si lo que deseamos es instruirnos sobre la estructura de las marionetas, entonces el hilo conductor más divertido que podemos elegir es la novela de Flaubert Bouvard y Pécuchet. Pero si lo que queremos es ocuparnos en las posibilidades del movimiento más secreto, un movimiento que cabe atisbar más que demostrar, entonces descubriremos ya en Pascal y en Hamann una muchedumbre de pasajes instructivos.

«Pues también nuestras fantasías, ilusiones, fallaciae opticae y sofismas se encuentran bajo el mandato de Dios». Frases como ésa cabe encontrar muchas en Hamann; son expresión de una mentalidad que aspira a englobar en el área de la alquimia los esfuerzos de la química. Dejemos aparte la cuestión de a qué espíritu pertenece el área en que se encuentra la falacia óptica del progreso, pues nosotros trabajamos aquí no en una demonología, sino en un estudio destinado a lectores del siglo xx. Pero una cosa es segura: que sólo una fuerza de índole cultural, sólo una fe, pudo caer en el atrevimiento de extender hasta el infinito la perspectiva de la finalidad.

¿Y quién pondría en duda que el progreso es la gran Iglesia popular del siglo XIX — la única Iglesia que goza de una autoridad efectiva y de una fe exenta de críticas?

progreso  
como  
Iglesia

## 3

En una guerra que estalló en el seno de semejante atmósfera la relación de los diversos contendientes con el progreso tenía que desmenuarse por fuerza un papel decisivo. Y, efectivamente, en esa relación es donde hay que buscar el auténtico factor moral de este tiempo, un factor provisto de irradiaciones tan sutiles e imponderables que con ellas no pueden competir ni siquiera los ejércitos más fuertes, pertrechados con las últimas armas de aniquilación de la edad de las máquinas; más aún, un factor capaz de reclutar sus propias tropas en los campamentos del adversario.

Introducamos aquí, para hacer intuitable ese proceso, el concepto de movilización total: que dan ya muy lejos de nosotros los tiempos en que bastaba enviar a los campos de batalla un centenar de miles de reclutas mandados por unos jefes de confianza, tal como se describe, por ejemplo, en el Cándido, de Voltaire, y en que, cuando Su Majestad había perdido una bataille,

movilización  
total

era la calma el primer deber de los ciudadanos.\* Pero todavía en la segunda mitad del siglo XIX les fue posible a gabinetes conservadores preparar, librar y ganar guerras a las que la representación popular se enfrentaba con indiferencia e incluso con rechazo. Ciertamente eso presuponía la existencia de una estrecha relación entre el ejército y la Corona; en tal relación, que en su núcleo seguía perteneciendo al mundo patriarcal, el nuevo sistema del servicio militar obligatorio introdujo tan sólo una modificación superficial. Y eso presuponía además que los equipamientos y los costes fuesen calculables en cierto modo; ello hacía que la guerra apareciese ciertamente como un gasto extraordinario, pero no, en modo alguno, como un gasto ilimitado de las fuerzas y medios existentes. En ese sentido aun la movilización general seguía revistiendo el carácter de una medida parcial.

Tal restricción es algo que se halla en correspondencia no sólo con el volumen limitado de los medios, sino a la vez con una razón de Estado específica y peculiar. El monarca posee un instinto

natural que lo previene de hacer gastos superiores a sus bienes alodiales, es decir, los bienes propiedad de su Real Casa. La fundición de su propio tesoro le parece un riesgo menor que el otorgamiento de un empréstito por la representación popular; y para el instante decisivo de la batalla el monarca prefiere reservarse los hombres de su guardia que no un contingente de voluntarios. Entre los prusianos ese instinto permanece sano hasta bien entrado el siglo XIX. Se pone de manifiesto, entre otras cosas, en la enconada lucha por conseguir que el tiempo del servicio militar abarcase tres años — para la Real Casa son más fiables las tropas veteranas, mientras que el servicio militar de breve duración es una característica propia de los ejércitos de voluntarios. Incluso topamos a menudo con algo que a los hombres de hoy nos resulta casi incomprensible: la renuncia al progreso y al perfeccionamiento de los equipamientos bélicos. Mas también esos reparos tienen sus razones ocultas. Pues en cada mejora de las armas de tiro, especialmente en el incremento de su alcance, se esconde una agresión indirecta a las formas de la monarquía absoluta. Cada una de esas mejoras favorece el tiro dirigido a un blanco individualizado, mientras que la salva simboliza el mando compacto. Todavía a Guillermo I le resultaba desagradable el entusiasmo; brota de una fuente que, como el odre de Eolo, no encierra sólo la tempestad de los aplausos. La auténtica piedra de toque de un dominio no es la cantidad

\* Alusión al famoso cartel que el gobernador militar de Berlín, conde Von der Schulenburg, mandó pegar en las calles de la ciudad tres días después de la derrota de las tropas prusianas a manos de las nacionales en las batallas de Jena y Auerstedt, libradas el 14 de octubre de 1806. El texto del cartel era el siguiente: *Der König hat eine Bataille verloren. Jetzt ist Ruhe die erste Bürgerpflicht. Ich fordere die Einwohner Berlins dazu auf. Der König und seine Brüder leben! Berlin, den 17. Oktober 1806. Graf v. d. Schulenburg.* [El rey ha perdido una batalla. Ahora es la calma el primer deber de los ciudadanos. Invito a los ciudadanos de Berlín a mantenerla. ¡El rey y sus hermanos están vivos! Berlín, 17 de octubre de 1806. Conde Von der Schulenburg.] (N. del T.)

de júbilo que se le dispensa, sino la guerra perdida.

*pero esta a*  
*movilización*  
*parcial*  
La movilización parcial corresponde, por tanto, a la esencia de la monarquía. Esta sobrepasa sus medidas en la misma proporción en que se ve forzada a dejar que en los equipamientos bélicos participen las formas abstractas del Espíritu, del Dinero, del «Pueblo», en suma, los poderes de la naciente nacionaldemocracia. Hoy podríamos decir, retrospectivamente, que sin duda era im- posible renunciar del todo a dicha participación. El modo de incorporarla representa el auténtico núcleo del arte de la política del siglo XIX. Esa situación especial explica también la frase de Bismarck de que la política es el «arte de lo posible».

Ahora cabe ir observando cómo la creciente transmutación de la vida en energía y la progre- siva volatilización del contenido de todos los vñ- culos en beneficio de la movilidad otorgan un ca- rácter cada vez más incisivo al acto de la movilización. Decretarla continuaba siendo en muchos países, en el momento de estallar la úl- tima guerra, derecho exclusivo de la Corona, no sujeto a refrendo alguno. Son múltiples los fenó- menos que condicionan lo dicho. Así es como, a la vez que se difuminan los estamentos y quedan recortados los privilegios de la nobleza, también va desdibujándose el concepto de casta guerrera; constituir la representación armada del país deja de ser el deber y el privilegio únicamente de los soldados profesionales y se convierte en tarea de

todos los hombres aptos para las armas. Así es como el enorme aumento de los costes hace im- posible sufragar con un «tesoro de guerra» fijo los gastos de la conducción del conflicto; para man- tener en funcionamiento la maquinaria es menes- ter recurrir, antes bien, a toda clase de emprés- titos, alistar incluso el último penique ahorrado. Así es también como la imagen de la guerra en cuanto acción armada va penetrando cada vez más en la imagen más amplia de un gigantesco proceso de trabajo; junto a los ejércitos que se en- frentan en los campos de batalla surgen los nue- vos ejércitos del tráfico, del abastecimiento, de la industria de armamento — el ejército del trabajo en general. En la fase final de la última guerra, que ya apuntó en sus postreros momentos, no se efectúa ningún movimiento — ni siquiera el de una trabajadora doméstica en su máquina de co- ser — que no encierre una aportación bélica al menos indirecta. Donde de modo más perceptible apunta el alba de la edad del trabajo es quizás en ese alastamiento absoluto de la energía potencial; tal alastamiento transforma en fraguas de Vulcano los Estados industrializados combatientes y hace de la guerra mundial un fenómeno histórico de significado superior al de la Revolución Francesa. Para desplegar energías de tal envergadura ya no es suficiente con equipar el brazo armado — se requieren unos equipamientos que lleguen hasta el tuétano más íntimo, hasta el nervio vital más fino. Hacer realidad esos equipamientos es la ta-

*guerra y*  
*trabajo*

*o*  
*alba de*  
*la edad*  
*del trabajo*

rea de la movilización total, un acto mediante el cual una única maniobra ejecutada en el cuadro de distribución de la energía conecta la red de la corriente de la vida moderna —una red dotada de amplias ramificaciones y de múltiples venas— a la gran corriente de la energía bélica.

Al comienzo de la guerra mundial el intelecto humano aún no había previsto una movilización de tal envergadura; ésta apuntó ya, sin embargo, en algunas medidas aisladas, como, por ejemplo, en la intensa utilización de voluntarios y reservas impuestas al inicio del conflicto, en las prohibiciones impuestas a las exportaciones, en las normas de la censura, en las modificaciones del valor de las divisas. Ese proceso fue intensificándose cada vez más en el curso de la guerra; mencionemos como ejemplos el control y la planificación de las materias primas y de los alimentos, la conversión de la relación de trabajo en relación de milicia, la obligación de prestar servicios civiles, el equipamiento de los buques mercantes con armas, la sospechada ampliación de las competencias de los Estados Mayores, el programa Hindenburg, la lucha de Ludendorff por conseguir la identidad del mando militar y el mando político.

Sin embargo, a pesar de los espectáculos tan grandiosos como terribles de las tardías batallas de material, en las que celebró sus cruentos triunfos el talento organizativo humano, no llegaron a alcanzarse las últimas posibilidades; aunque nos limitemos a considerar sólo el lado técnico de ese

proceso, sólo cabe alcanzarlas cuando la imagen del proceso bélico se halla ya inscrita en el orden de la situación de paz. Así estamos viendo cómo en muchos Estados de la posguerra los nuevos métodos de los equipamientos bélicos están ya cortados a la medida de la movilización total.

Podemos aducir aquí fenómenos como los crecientes recortes impuestos a la libertad individual, una libertad que ciertamente fue desde siempre una reivindicación problemática. Esa ofensiva contra la libertad individual —ofensiva cuya tendencia tiene como objetivo que no exista nada que no quepa concebir como una función del Estado— la encontramos primero en Rusia y en Italia, pero más tarde también en Alemania, y cabe prever que todos los países en que estén vivas unas pretensiones mundiales habrán de ejecutar necesariamente tal ofensiva, para estar a la altura del desencadenamiento de fuerzas de nueva índole. De esos fenómenos forma parte además la valoración, surgida en Francia, de las relaciones de poder desde el ángulo de visión de la energía potencial, y asimismo la colaboración, ya iniciada en la paz, entre los Estados Mayores y la industria, colaboración de la que dieron ejemplo los Estados Unidos de Norteamérica. Los planteamientos que tocan el núcleo más íntimo de los equipamientos bélicos son aquellos mediante los cuales la literatura alemana sobre la guerra forzó a la consciencia general a formarse sobre las cuestiones bélicas juicios en apariencia rezaga-

dos, pero en realidad dirigidos al futuro. El «plan quinquenal» ruso situó al mundo por vez primera ante una tentativa de unificar en un único cauce la totalidad de los esfuerzos de un gran imperio. Lo que aquí resulta aleccionador es ver cómo el pensamiento económico da un vuelco. La «ecología planificada», que es una de las últimas consecuencias de la democracia, va más allá de sí misma y se convierte en un despliegue de poder en general. Ese vuelco cabe observarlo en muchos fenómenos de nuestro tiempo; la gran presión de las masas se muda bruscamente en formaciones cristalinas.

Pero no sólo el ataque exige esfuerzos extraordinarios, sino que también los exige la defensa y quizá sea en ella donde más clara se torne la coacción a que está sometido el mundo. De igual manera que toda vida alumbrada ya también, al nacer, el germen de su muerte, así la salida a escena de las grandes masas implica una democracia de la muerte. Tenemos ya a nuestras espaldas la edad del tiro de precisión, del tiro disparado a un blanco individual. El jefe de una escuadrilla aérea que desde las alturas nocturnas da la orden de efectuar un ataque con bombas no conoce ya ninguna distinción entre combatientes y no combatientes, y la mortífera nube de gas es algo que se propaga cual un elemento sobre todos los seres vivos. La posibilidad de tales amenazas tiene como presupuesto, empero, no una movilización parcial ni una movilización general, sino una mo-

vilización total, la cual se extiende hasta el niño que yace en la cuna. Ese niño está amenazado como todas las demás personas, incluso más que ellas.

Muchas son las cosas de este género que cabría nombrar — pero basta contemplar esta nueva vida misma en su completo desencadenamiento y en su implacable disciplina, con sus zonas humeantes e incandescentes, con la física y la metafísica de su tráfico, con sus motores, sus aeroplanos, sus ciudades donde viven millones de personas, basta contemplar esas cosas para vislumbrar con un sentimiento de horror mezclado de placer que en ninguna de ellas hay un solo átomo que no esté trabajando y que nosotros mismos nos hallamos adscritos en lo más hondo a ese proceso frenético. Más que ser ejecutada, la movilización se ejecuta a sí misma; ella es tanto en la guerra como en la paz la expresión de la exigencia misteriosa y coercitiva a que nos somete esta vida en la edad de las masas y las máquinas. Y así ocurre que cada vida individual se convierte cada vez más claramente en una vida de trabajador y que las guerras de los caballeros, de los reyes y de los burgueses van seguidas de las guerras de los trabajadores — guerras de cuya estructura racional y de cuya índole implacable nos ha proporcionado ya un atisbo la primera gran confrontación del siglo XX.



Hemos rozado de pasada el lado técnico de la movilización total. Su perfeccionamiento puede seguirse desde las primeras levas ordenadas por el gobierno de la Convención francesa y desde la reorganización del ejército prusiano efectuada por Scharnhorst hasta los programas dinámicos de equipamientos bélicos llevados a cabo en los últimos años de la guerra mundial; durante ellos los países se transformaron en fábricas gigantes-cas que producían ejércitos en cadena para enviarlos día y noche a los campos de batalla, donde el papel del consumidor era asumido por un desgaste cruento que asimismo se había vuelto muy mecánico. Aun siendo muy penosa la impresión que cabalmente al ánimo heroico le causa la motonía de ese espectáculo —un espectáculo que hace pensar en el funcionamiento exacto de una turbina alimentada con sangre—, ninguna duda puede caber, empero, acerca de su significado simbólico inmanente. En él se revela una lógica rigurosa, la dura impronta dejada por un tiempo en el medio bélico.

El lado técnico de la movilización total no es, sin embargo, el decisivo. Antes bien, igual que el presupuesto de toda técnica, también el de la movilización total se halla a mayor profundidad: disponibilidad a la movilización llamaremos aquí a

mejor uso  
de la  
mov. : disponibilidad a  
la mov.

ese presupuesto. En todos los países estaba presente esa disponibilidad; la guerra mundial ha sido una de las más populares que conoce la historia, y ello ya por el mero hecho de acontecer en un tiempo que de antemano hacía aparecer como excluidas las guerras que no fuesen populares. Además, si se prescinde de pequeñas guerras coloniales y de pillaje, los pueblos habían estado disfrutando de un periodo relativamente largo de paz. Mas al comienzo de esta investigación prometimos dejar de lado por el momento la descripción del estrato elemental, esa mezcla de pasiones salvajes y pasiones excelsas que le es consubstancial al ser humano y que lo hace accesible en todos los tiempos a la llamada de la guerra. Lo que nosotros queremos intentar es, antes bien, desenmarañar el concierto de los múltiples toques de corneta que iniciaron esa confrontación especial y acompañaron su decurso.

En ninguno de los sitios donde nos topamos con esfuerzos de tal envergadura, ya se expresen en construcciones poderosas como las pirámides y las catedrales, ya se manifiesten en guerras que hacen vibrar hasta el último nervio vital —y la marca especial de esos esfuerzos es el estar desprovistos de finalidad—, en ninguno de esos sitios, decimos, salimos adelante con explicaciones económicas, por más esclarecedoras que sean; tales es también el motivo de que la escuela del materialismo histórico únicamente sea capaz de rozar la superficie del proceso. Cuando se trata de

esfuerzos de ese género hemos de dirigir nuestra primera sospecha, antes bien, a un fenómeno de rango cultural.

Al hacer antes la observación de que nosotros tenemos al progreso por la gran Iglesia popular del siglo XIX estábamos señalando ya el estrato en el que sospechamos reside la llamada eficaz, la llamada cuya ayuda es la única con la que cabe ejecutar la parte principal, es decir, la parte de fe, de la movilización total de las masas gigantescas que había que ganar para que participasen en la última guerra. A esas masas les resultaba tanto más imposible sustraerse a la llamada cuanto más se apelase a sus convicciones, esto es, cuanto más puramente expresasen un contenido progresista las tendencias de las grandes consignas mediante las que ellas fueron movilizadas. Por mucho que esas consignas tengan con frecuencia un colorido tosco y chillón, de su eficacia no puede haber la menor duda; se asemejan a los abigarra-dos filopos con que en las batidas de caza se encamina a las piezas hacia las escopetas.

Ni siquiera a la mirada superficial, que intenta efectuar una clasificación puramente geográfica de los beligerantes en vencedores y vencidos, ni siquiera a esa mirada puede escapársele la ventaja que tenían los países «avanzados»; es una ventaja en la que parece imperar una especie de automatismo, en el sentido de las teorías darwinianas de la selección de «los más aptos». Especialmente el fenómeno siguiente pone de manifiesto la exis-

tencia del citado automatismo: tampoco países pertenecientes al grupo de los vencedores, como Rusia e Italia, escaparon a una destrucción global de su estructura estatal. Vista a esa luz la guerra aparece como una piedra de toque insobornable, que efectúa sus valoraciones de conformidad con unas leyes estrictas y propias — como un terremoto que pone a prueba los cimientos de todos los edificios.

Queda claro además que en la época tardía de la fe en los derechos universales del hombre las monarquías son especialmente sensibles a las destrucciones de la guerra. Por el polvo rodaron, además de numerosas Coronas pequeñas, las Coronas siguientes: la alemana, la prusiana, la rusa, la austriaca y la turca. Austria-Hungría, el Estado en que el mundo de las formas medievales aún seguía llevando una vida fantasmal, como en una isla perteneciente a un período geológico pretérito. Austria-Hungría se rompió en pedruzcos como un edificio lanzado a los aires por una explosión.

Y el último absolutismo de Europa en el sentido antiguo de la palabra, el absolutismo zarista, sucumbió a una guerra civil que lo devoró, en medio de síntomas atroces, como una epidemia largo tiempo reprimida.

Resulta llamativa por otro lado la insospechada fuerza de resistencia que tuvo, incluso en una situación de gran debilidad física, la estructura progresista. Así es como en la represión del motín sumamente peligroso que estalló en 1917

en el ejército francés se revela un segundo milagro del Marne, un milagro moral, más sintomático de esa guerra que el milagro puramente militar del año 1914. Así es como en los Estados Unidos de Norteamérica, un país de Constitución democrática, la movilización pudo iniciarse tomando unas medidas rigurosísimas, tanto, que no había sido posible tomarlas iguales en un Estado militar como era Prusia, el país del voto censitario. ¿Y quién pondría en duda que el país que salió de esa guerra como visible vencedor fue Norteamérica, el país «sin castillos en ruinas, sin basaltos, sin historias de caballeros, bandidos y fantasmas»?\* Ya en ese país lo que importó no fue el grado en que un Estado fuese o no fuese un Estado militar, sino el grado en que fuese capaz de efectuar una movilización total.

Alemania, sin embargo, aunque hubiese ganado la batalla del Marne y hubiese ganado también la guerra submarina, tenía necesariamente que perder la guerra en su conjunto; y tenía que perderla porque, no obstante la responsabilidad con que había preparado la movilización parcial, sustrajo grandes áreas de su fuerza a la movilización total y por el mismo motivo —puramente por el carácter interno de sus equipamientos bélicos— estaba sin duda en condiciones de obtener, sobrellevar y sobre todo aprovechar un éxito

\* Las expresiones aquí citadas por Jünger corresponden a tres versos distintos de una breve poesía de Goethe titulada «A los Estados Unidos», que fue publicada por vez primera en 1831. (N. del T.)

parcial, mas no el éxito total. Para adscribir ese éxito a las armas alemanas habría sido menester prepararse para un Cannes diferente y no menos significativo que aquel al que estuvo dedicado el trabajo de toda la vida de Schlieffen.

Mas antes de extraer ulteriores conclusiones de lo dicho intentaremos todavía ilustrar con algunos detalles la relación existente entre el progreso y la movilización total.

## 5

Al espíritu que intente captar en sus cambiantes timbres el vocablo *progreso* se le aparecerá evidente que en tiempos en que eran ajusticiados en público y entre tormentos espantosos un Ravaiillac e incluso un Damiens, cual si fueran engendros del infierno, el asesinato político perpetrado en la personalidad de un príncipe tenía que lesionar un estrato más poderoso, más enraizado en la fe, que no en el siglo que sigue a la ejecución de Luis XVI. Ese espíritu hallará que en la jerarquía del progreso un príncipe pertenece a un género de personas que no disfruta en absoluto de especial simpatías.

Supongamos por un instante la siguiente idea grotesca: que un importantísimo jefe de publicidad hubiera de preparar la propaganda para una

Como me caía  
a los oídos

guerra moderna y que para desencadenar la primera oleada de excitación tuviese a su disposición dos medios, a saber: el asesinato de Sarajevo y la violación de la neutralidad belga. No puede caber duda de cuál sería, de esos dos medios, aquel del que se prometería ese jefe de publicidad el mayor efecto. Por muy casual que pueda parecer el pretexto externo de la guerra mundial, encierra un significado simbólico, por cuanto lo que entra en colisión en los autores del crimen de Sarajevo y en su víctima, el heredero de la Corona de Habsburgo, son el principio nacional y el principio dinástico — el moderno «derecho de autodeterminación de los pueblos» y el principio de legitimidad, restaurado a duras penas en el Congreso de Viena por una política de viejo estilo.

Es bueno ciertamente ser intempestivo en el recto sentido de la palabra y desplegar una actividad vigorosa en el espíritu de desear conservar lo tradicional. Pero eso tiene como presupuesto la fe. Ahora bien, de la ideología de las potencias centrales cabe decir que no era ni tempestiva ni intempestiva ni tampoco superior al tiempo. Esas potencias eran a la vez tempestivas e intempestivas y el resultado no podía ser otro que una mezcolanza de falso romanticismo y liberalismo deficiente. Al observador no puede escapársele la existencia de una predilección por el empleo de requisitos anticuados, por un estilo tardorromántico, en especial el estilo de la ópera wagneriana. De eso forman parte expresiones como «lealtad

nibelunga»\* y las expectativas puestas en el éxito de la proclamación de la guerra santa del islam. Bien entendido que aquí estamos hablando de cuestiones técnicas, de cuestiones de escenificación — de la movilización de la substancia, pero no de la substancia misma. Mas fue precisamente en fallos de esa índole donde apuntó la defectuosa relación que la capa dirigente de las potencias centrales mantenía tanto con las masas como asimismo con los poderes más profundos.

Así es como también la impremeditada frase genial por la que se calificó de «pedazo de papel» la Constitución belga\*\* adolece del defecto de haber sido pronunciada con ciento cincuenta años de retraso y brotar de una actitud que acaso había comprendido el romanticismo del prusianismo, pero que en su núcleo no era prusiana. A Federico el Grande sí le habría sido lícito hablar de esa manera y burlarse, en el sentido de la Ilustración absolutista, de los pergaminos amarillentos, pero Bethmann-Hollweg tenía que saber que en nuestros días un pedazo de papel, un pedazo de papel, por ejemplo, en el que esté escrita una Constitución, significa algo parecido a lo que significa en el mundo católico una hostia consagrada, y que

\* Expresión empleada por el canciller alemán Von Bismarck en un discurso pronunciado ante el Reichstag el 29 de marzo de 1909, para definir el tipo de relaciones existentes entre el Reich alemán y Austria-Hungría. Fue frase muy repetida por la propaganda de las potencias centrales en la primera guerra mundial. (N. del T.)

\*\* Así es como calificó a la Constitución belga el canciller alemán Theobald von Bethmann-Hollweg (1856-1921) en la última conversación mantenida con el embajador inglés en Berlín, Sir Edward Goschen, el 4 de agosto de 1914. (N. del T.)

6  
1.  
sin duda puede cuadrarle bien al absolutismo romper los tratados, pero que el punto fuerte del liberalismo consiste en interpretarlos. Estúdiese el intercambio de notas que precedió a la entrada de los Estados Unidos de Norteamérica en la guerra mundial y se topará en él con un principio que habla de «libertad de los mares». Es un buen ejemplo del modo como en semejante tiempo cabe otorgar al interés propio rango de postulado humanitario — de cuestión general que afecta a la humanidad. La socialdemocracia alemana, uno de los apoyos principales del progreso en Alemania, había captado la parte dialéctica de su tarea, por cuanto equiparó el sentido de la guerra a la destrucción del régimen zarista, que era un régimen antiprogresista.

¿Mas qué puede significar eso frente a las posibilidades de que disponía el Oeste para movilizar a las masas? ¿Quién discutiría que la *civilisation* tiene con el progreso una ligazón más íntima que la que posee la *Kultur* y que aquélla es capaz de hablar en las grandes urbes su lenguaje natural y sabe manejar medios y conceptos a los que la cultura se enfrenta sin tener ninguna relación con ellos e incluso de manera hostil? La cultura no es algo que pueda ser aprovechado propagandísticamente, e incluso una actitud que quiera utilizarla en ese sentido es una actitud que se ha enajenado de ella — así es como a los alemanes nos deja indiferentes o incluso nos llena de tristeza ver cómo las cabezas de nuestros gran-

des espíritus son reproducidas millones de veces en los sellos de Correos o en los billetes de Banco.

Estamos muy lejos, sin embargo, de querer lamentar lo inevitable. Lo único que aseguramos es que en esa lucha le estuvo negado a Alemania lanzar convincentemente al combate en favor suyo el Espíritu del Tiempo, cualquiera que éste fuese. Y asimismo le estuvo negado instaurar como válido ante su propia conciencia o ante la conciencia del mundo un principio que fuese superior al citado Espíritu del Tiempo. Lo que vemos es, antes bien, la búsqueda, realizada en parte en espacios románticos e idealistas y en parte en espacios racionalistas y materialistas, de aquellos signos e imágenes que el combatiente aspira a prender en sus banderas. Mas la validez que habita en esos espacios, pertenecientes en parte al pasado y en parte a un círculo vital ajeno al genio alemán, no basta para asegurar a la entrada en acción de los hombres y las máquinas el último grado de confianza que venía exigido por el terrible duelo librado contra todo un mundo.

De ahí que hayamos de esforzarnos tanto más en saber que la materia elemental, la fuerza primordial de nuestro pueblo, no fue afectada por eso y permaneció intacta. Con admiración vemos cómo al comienzo de esa cruzada de la razón a que fueron convocados, bajo el sortilegio de una dogmática tan clara y tan evidente, todos los pueblos del mundo, hay una juventud alemana que clama por las armas — una juventud tan ardiente,

tan entusiasta, tan ávida de muerte como apenas ha habido otra en toda nuestra historia.

Si a uno de esos jóvenes alemanes se le hubiera preguntado qué era aquello para luchar en favor de lo cual marchaba él al frente, desde luego habría podido contarse con una respuesta poco clara. Difícilmente se le habría oído decir que se trataba de la lucha contra la barbarie y la reacción o de la lucha por la civilización, por la liberación de Bélgica o por la libertad de los mares — pero acaso se habría escuchado esta respuesta: «Por Alemania», que era la frase con que se lanzaban al ataque los regimientos de voluntarios.

Y, sin embargo, ese sordo fervor que en ellos ardía por una Alemania inexplicable e invisible fue suficiente para efectuar un esfuerzo tal que hizo temblar a los pueblos hasta en su tuétano. ¿Qué no habría conseguido si hubiera poseído ya una dirección, una consciencia, una figura?

## 6

En cuanto medida tomada por el pensamiento organizador la movilización total es tan sólo un indicio de una movilización más alta, la que nuestro tiempo está efectuando en nosotros. Esta movilización tiene una legalidad propia, y paralela a

ella habrá de marchar la ley humana si pretende ser eficaz.

Nada puede corroborar mejor esta tesis que el hecho de que durante la última guerra consiguiesen hacer aparición fuerzas cuya dirección era contraria a ella, pero que tienen con los poderes bélicos un parentesco más estrecho de lo que acaso pueda parecer. La movilización total cam-bia de área, pero no de sentido, cuando empieza a poner en movimiento a las masas de la guerra civil en vez de a los ejércitos de la guerra exterior. En ese momento su acción irrumpe en espacios a los que es incapaz de acceder la orden de la movilización militar. Es como si las fuerzas que no pudieron ser alistadas para la guerra exigieran ahora también su parte en la intervención cruenta. O sea: una guerra será tanto más segura y tanto más imperturbable en su decurso cuanto más unitaria y profundamente sepa reclamar de antemano para sí la suma de todas las fuerzas.

Ya vimos que en Alemania el espíritu del progreso sólo pudo ser movilizado de manera incompleta. En cambio en Francia, por ejemplo, la situación era mucho más favorable en este aspecto, y eso lo advertimos, entre otros mil ejemplos, en Barbusse. Barbusse que en sí era un adversario declarado de la guerra, no vio, sin embargo, ninguna otra posibilidad de ser consecuente con sus ideas que afirmar por lo pronto esta guerra, pues ella se reflejaba en su consciencia como una lucha del progreso, de la civilización, del humani-

tarismo, más aún, de la propia paz, contra un elemento que se resistía a todas esas cosas. «Hay que matar la guerra en el vientre de Alemania.»\*

Por muy complicada que pueda aparecer esa dialéctica, su resultado es vinculante. Un hombre que parece poseer el mínimo grado imaginable de inclinación por la confrontación bélica no se ve, sin embargo, en condiciones de rechazar el fusil que el Estado le ofrece, pues no le es dada a su consciencia la posibilidad de otra salida. Podemos observar a ese hombre montando guardia en el yermo infinito de las trincheras, mientras tortura su cerebro, y, llegado el momento, abandonarlas, igual que todos los demás, para lanzarse al ataque atravesando la horrenda barrera de fuego de la batalla de material. Mas, a la postre, ¿qué hay de extraño en ello? Barbusse es un guerrero como todos los demás, un guerrero del humanitarismo; y el humanitarismo no puede prescindir ni del tiro de ballesta ni de los ataques con gas ni tampoco de la guillotina, de igual manera que tampoco la Iglesia cristiana pudo prescindir de la espada del brazo secular. Ciertamente es que para ser movilizado en tal grado tenía un Barbusse que vivir en Francia.

Los Barbusses alemanes se encontraron con una situación más difícil. Sólo algunas inteligencias aisladas se trasladaron desde el primer día a

territorio neutral y se decidieron a sabotear abiertamente la conducción de la guerra. Pero la inmensa mayoría de ellas trató de integrarse en el marco del movimiento en marcha. Ya hemos mencionado el ejemplo de la socialdemocracia alemana. Aquí prescindimos del hecho de que, no obstante su dogmática internacionalista, esa socialdemocracia se componía de trabajadores alemanes y de que por ello podía ser movida también por el heroísmo. No, también en su propia ideología avanzó esa socialdemocracia hacia una revisión, que más tarde le fue echada en cara como «traición al marxismo». La manera como se efectuó en sus detalles semejante revisión podemos verla, por ejemplo, en los discursos que durante las jornadas críticas pronunció el dirigente socialdemócrata y diputado del *Reichstag* Ludwig Frank, quien, por cierto, cayó muerto de un tiro en la cabeza en los combates librados en torno a Noisencourt en septiembre de 1914; tenía 40 años y se había alistado como voluntario. «Pero nosotros, compañeros sin patria, sabemos que, aunque hijas, somos, sin embargo, hijos de Alemania y que tenemos que conquistarnos nuestra patria luchando contra la reacción. Cuando estalla una guerra, también los soldados socialdemócratas cumplirán a conciencia su deber» (29 de agosto de 1914). En esta instructiva frase se encuentran ya escondidas como en una semilla las figuras de la guerra y de la revolución, que el destino tenía preparadas.

A quien desee estudiar en sus pormenores esa

\* Es la frase en que culmina el relato bélico del escritor francés Henri Barbusse (1873-1935) titulado *Le feu. Journal d'une escouade* [El fuego. Diario de una escuadra]. Publicado en 1916, ese relato obtuvo el premio Goncourt y dio gran popularidad a su autor. (N. del T.)

dialéctica las colecciones de los periódicos y revistas progresistas que se publicaron en Alemania durante los años de la guerra le brindan una gran cantidad de pequeños materiales. Así es como Maximilian Harden, director de la revista *Die Zeitung* [El porvenir] y tal vez el periodista más conocido de la época guillermina, comenzó a armar su actividad pública con los objetivos propugnados por el Alto Estado Mayor. Señalemos aquí, sólo por el interés que tiene como síntoma, que Maximilian Harden supo representar el radicalismo de la guerra con iguales dotes de comediantismo con que más tarde representaría el radicalismo de la revolución. Y así es como la revista *Simplizissimus*, que había usado el arma del humor nihilista para crear ambiente desfavorable contra el ejército, igual que contra todos los demás vínculos, adoptó en ese momento una actitud chovinista. Por cierto que cabe señalar que la calidad de esa revista disminuye en igual medida en que aumenta en ella el elemento patriótico — es decir, en que abandona el campo donde está su fuerte.

Acaso sea en la personalidad de Rathenau donde de modo más claro se manifiesta la escisión interna que aquí impera; para quien se esfuerce en hacer justicia a esa figura, Rathenau le confiere un rango trágico. ¿Cómo es posible que un hombre como Rathenau, que fue movilizado en un grado significativo, que intervino en la organización de los grandes equipamientos bélicos y que todavía poco antes del hundimiento había

estado ocupado en el pensamiento de un «levantamiento en masa», cómo es posible que ese mismo hombre pudiera pronunciar la conocida frase de que la historia del mundo habría perdido su sentido si los representantes del Reich hubieran entrado en Berlín como vencedores por la puerta de Brandenburgo?\* En esto se muestra muy claramente cómo una movilización somete a sí las capacidades técnicas de un ser humano, pero es incapaz de penetrar en su núcleo.

## 7

El júbilo con que acogieron la derrota el ejército secreto y el Estado Mayor secreto poseídos por el progreso en Alemania, mientras aún se enfrentaban al enemigo los últimos guerreros, pareció el júbilo por una batalla ganada. El progreso fue el mejor aliado de los ejércitos del Oeste, que pronto rebasarían el Rin; fue su caballo de Troya. La aceptación del nuevo espíritu se expresó en las escasas protestas con que las autoridades establecidas abandonaron precipitadamente sus puestos.

\* A poco de comenzar la primera guerra mundial Walther Rathenau (1867-1922) le dijo a un amigo estas palabras: «Nunca llegará el momento en que el emperador atraviese como vencedor del mundo con sus paladines, montados en caballos blancos, la Puerta de Brandenburgo. ¡Ese día la historia del mundo habría perdido su sentido!». (N. del T.)



No había ninguna diferencia esencial entre quienes jugaban en un lado y quienes jugaban en el lado contrario.

Ese es también el motivo de que en Alemania la revolución se llevase a cabo en formas relativamente inocuas. Así es como los ministros socialdemócratas del Imperio guillermino pudieron seguir jugando durante las jornadas decisivas con la idea de mantener la Corona. ¿Qué otra cosa podría haber significado eso sino un asunto de fachada? Hacía ya mucho tiempo que el edificio estaba tan gravado con hipotecas progresistas que no quedaba la menor duda sobre quién era su efectivo propietario.

Pero aún hay otro motivo que hizo que la mutación no se produjese en Alemania con tanto ardor como en Rusia, un motivo diferente de que fueran las propias autoridades las que habían parado tal mutación. Antes hemos visto que en Alemania una gran parte de las fuerzas progresistas fue empleada por la conducción de la guerra. La cantidad de movimiento gastada en eso no podía ser ya utilizada para la confrontación interna. Para decirlo de manera personal: no es lo mismo que suban al poder unos antiguos ministros que una aristocracia revolucionaria forjada en el desierto de Siberia.

Alemania perdió la guerra ganando un mayor espacio del Oeste, ganando la civilización, la libertad y la paz, entendidas en el sentido de Barbusse. Mas cómo podía aguardarse un resultado

diferente, si se había asegurado con todo énfasis que se participaba en esos valores y a ningún precio se habría osado llevar el combate fuera de aquel «muro que ciñe a Europa». Eso habría supuesto un alumbramiento más hondo de los valores propios, habría presupuesto otras ideas y otros aliados. Con el optimismo del progreso y mediante él habría sido posible abrir galerías hasta la substancia, como está apuntando ahora en Rusia.

Si contemplamos el mundo que ha surgido de la catástrofe — ¡qué unidad de acción, qué cantidad de rigurosa lógica histórica! Realmente el éxito no habría sido más claro si todas las formaciones espirituales y materiales no pertenecientes a la civilización que, rebasando el final del siglo XIX, han llegado hasta nuestros días hubieran sido reunidas en un espacio reducido y se hubiese abierto fuego contra ellas con todos los cañones del mundo.

Al viejo carillón del Kremlin lo han puesto a tocar la melodía de la Internacional. En Constantinopla los escolares deletrean la escritura latina en vez de los antiguos arabescos del Corán. En Nápoles y en Palermo policías fascistas regulan

de acuerdo con los principios de la disciplina circulatoria moderna el tumulto de la vida meridional. En los más lejanos y todavía casi fabulosos países del mundo se inauguran edificios destinados a albergar Parlamentos. Sin cesar va aumentando la indole abstracta y, por tanto, también cruel de todas las relaciones humanas. El patriotismo está siendo sustituido por un nacionalismo nuevo, fuertemente impregnado de elementos conscientes. En el fascismo, en el bolchevismo, en el americanismo, en el sionismo, en los movimientos de los pueblos de color se dispone el progreso a efectuar avances que hasta hace poco se hubieran tenido por impensables; por así decirlo, tras un círculo recorrido por la dialéctica artificial, el progreso da un vuelco con el fin de proseguir su movimiento en un plano muy sencillo. Ahora está empezando a someter a sí los pueblos bajo unas formas que ya son poco distintas de las de un régimen absolutista, si quiere prescindirse de la cantidad mucho menor de libertad y bienestar. Son muchos los sitios donde ya casi se ha desprendido la máscara humanitarista; en su lugar aparece un fetichismo medio grotesco medio bárbaro de la máquina, un ingenio culto de la técnica. Y eso está ocurriendo precisamente en lugares en que la gente no posee una relación directa y productiva con las energías dinámicas, de cuya destructora marcha triunfal son mera expresión bélica los cañones de largo alcance y las esquadras de combate equipadas con bombas. Si-

multáneamente crece el aprecio de las masas; la cantidad de asentimiento, de «público», está convirtiéndose en el factor decisivo de la política. En especial el socialismo y el nacionalismo son las dos grandes piedras de molino entre las cuales triturará el progreso los restos del mundo viejo y finalmente se tritura a sí mismo. Durante un espacio de tiempo que ha durado más de un siglo la «derecha» y la «izquierda» han estado jugando a la pelota con las masas cegadas por la ilusión óptica del derecho de sufragio; siempre parecía que en uno de los adversarios continuaba habiendo un refugio frente a las exigencias del otro. Pero hoy va quedando cada vez más claramente al descubierto el hecho de la identidad de esos dos adversarios, y hasta el sueño de la libertad está desvaneciéndose como entre las mandíbulas de hierro de unas tenazas. Es un espectáculo grandioso y terrible ver los movimientos de las masas —unas masas de conformación cada vez más uniforme—, a las que está tendiendo sus redes el *Weltgeist*, el Espíritu del Mundo. Cada uno de esos movimientos contribuye a su captura, que es más y más rigurosa e implacable; y aquí actúan especies de coacción más fuertes que la tortura: tan fuertes que el ser humano las acoge con júbilo. El Dolor y la Muerte están al acecho detrás de cada salida marcada con los símbolos de la fidelidad. Afortunado quien penetre bien equipado en esos espacios.

## Mirada retrospectiva

23 de agosto de 1980

Casi a los cincuenta años de que apareciera este escrito mío, cuando hace ya mucho tiempo que vengo ocupándome en otras cuestiones, acabo de efectuar en él una revisión, ahora definitiva. Dado que ha sido reimpreso a menudo, son varias las veces en que lo he revisado en el curso de los decenios. Lo que yo pretendía al someterlo a esa prueba era liberar de sus circunstancias accidentales el núcleo substancial.

Al lector que lea sin prejuicios este escrito no se le escapará que el citado núcleo mantiene su vigencia tanto antes como ahora y que es posible que continúe manteniéndola durante mucho tiempo todavía. Los equipamientos bélicos de las potencias mundiales han adquirido unas dimensiones planetarias; con ello está en correspondencia el potencial de esos equipamientos. También Estados pequeños, cuando se encuentran en una situación apurada, amenazan con recurrir a la movilización total, como ha hecho hace poco Etiopía, por ejemplo. Es un concepto que ha penetrado en la política, penetrado tanto en su po-  
lémica como también en la realidad. Todo el

mundo se equipa bélicamente y todo el mundo le reprocha eso al otro. Se lo siente como un círculo vicioso y a la vez se lo celebra en desfiles.

Es manifiesto que lo que este escrito vio en su momento fue algo perteneciente al orden de los principios. Al quitarle al núcleo su cáscara lo que se pretende es liberar esa visión. Frente a ésta se torna secundaria la situación existente entre las dos guerras mundiales, en especial la situación de un joven alemán tras cuatro años de esfuerzos mortales y tras el Tratado de Versalles. Eso no modifica en nada el significado *histórico* de esa situación; para ella continúa teniendo vigencia la primera versión de este escrito.